

Literatura del porvenir

Los hombres se dividen en dos clases: los que tienen y los que no tienen intereses intelectuales. Los primeros constituyen «una minoría» y son mejores que los otros. Tienen el derecho de gobernar al segundo grupo que se denomina «el pueblo».

Esta aristocracia es legítima porque se basa en la libertad. Cualquiera puede ingresar en ella, así venga del palacio o de la choza.

De modo que en la Argentina la aristocracia es un problema exclusivamente intelectual. Por fortuna sólo unos pocos miserables, en el delirio de un feudalismo trasnochado, intentan legitimarla en el esmalte de un escudo heráldico, o en el timbre de un nombre militar.

Ser mejor quiere decir: tener más obligaciones y mayor responsabilidad. Tener intereses intelectuales no significa de ninguna manera ostentar un título profesional, pero sí, vivir vida interior.

Nuevas emociones despiertan en el corazón de los hombres. Un deseo fervoroso de embellecer y espiritualizar la vida, conmueve las entrañas de la humanidad. Viejos conceptos filosóficos y religiosos renacen en el cerebro de los pensadores y en el alma de los pueblos, con la fuerza de una necesidad vital.

Y nosotros somos las avanzadas de los precursores que anunciarán el advenimiento del Magnífico, cuyo espíritu educado en el luminoso ambiente de esas épocas que se acercan, recoja los frutos de nuestras luchas — olvidadas entonces — y al decir la palabra que la patria reclame, imponga su nombre a un momento de la historia argentina y sea el dichoso sobre quien se concentre la mirada de un siglo.

Entre tanto, nosotros somos las avanzadas de los precursores que anunciarán al Magnífico...

Adolfo Korn Villafañe.